

El retorno sin fin

*Alejandro del Palacio Díaz**

El 19 de septiembre de 1985 el gobernador de uno de los Estados del norte del país, a punto de ser derrocado, se aprestaba a una entrevista con el entonces Presidente de la República, provisto de una serie de fotografías en las que aparecían ambos y el primer mandatario anterior comiendo alegremente con el narcotraficante más rico y famoso de aquellos tiempos en uno de sus ranchos; para su desgracia política el temblor evitó la entrevista y las fotografías quedaron en el olvido ante la magnitud de la tragedia y el alud de noticias, ciertas o falsas, difundidas por la prensa escrita, la radio y la televisión, regocijadas por evidenciar la ineptitud de las autoridades, contrastada con la eficacia de la solidaridad y generosidad de la llamada sociedad civil, cuyo despertar se fija desde entonces en esa fecha para beneplácito de la inconsciencia colectiva, hecha pasar por conciencia social.

* Lic. en Derecho, Profesor Investigador del Departamento de Derecho de la UAM-A.

Con motivo del sismo llegaron al país miles de toneladas de ayuda con alimentos y enseres de todo tipo y millones de dólares donados para la reconstrucción de habitaciones para los damnificados y las fábricas caídas; se levantaron tendajones hechos de lámina en campamentos provisionales y se habilitaron dormitorios, dispensarios y centros de ayuda inmediata.

Después de diez años el campamento instalado en el norte del Distrito Federal se mantenía en pie y se había convertido ya en centro de comercio informal permanente, en tanto en los hangares del aeropuerto de la ciudad seguían empacadas casitas prefabricadas y tiendas de campaña que aparecieron relumbrantes en plantones y marchas de protesta años después; muchos de los donativos para la construcción de nuevas viviendas proporcionaron el capital, también político, de asociaciones de la sociedad civil dedicadas a construir condominios de interés social, aliadas con constructoras fantasmas, que desaparecieron una vez cumplido su cometido en las colonias que, arguyeron habían quedado subpobladas.

Los sismos del 7 y 19 de septiembre de 2017 ocurren cuando algunos personajes políticos prófugos de la justicia son buscados dentro y fuera del país, otros son sujetos a proceso o se aprestan a él y sobre todo, cuando todavía es noticia el socavón abierto en el paso exprés de la carretera México Cuernavaca, inaugurado por el Presidente

unos meses antes. El llamado incidente dio oportunidad para que el Secretario de Comunicaciones y Transportes del Gobierno Federal, responsable de la obra, antes de procurar ayuda a dos víctimas del desperfecto, con toda diligencia se apresurara a declarar por televisión la falta de responsabilidad de la constructora contratada para realizar la obra y que en caso de que hubiera culpables entre las autoridades menores, sobre ellos caería, según reza el lugar común: “todo el peso de la ley”, seguro de que así será porque son los delincuentes quienes están fuera de la prisión donde tienen a buen recaudo a los inocentes.

Superada la crisis inmediata, el 17 de octubre, en un foro de espejismos y lamentos, sin necesidad alguna, el Presidente incluyó entre sus quejas por las denuncias exageradas de corrupción durante su administración, la defensa velada del Secretario de Comunicaciones y Transportes y de él mismo, señalando que los socavones ocurren en todas partes del mundo.

Como en 1985, los daños causados por el movimiento de tierra se centraron por algunos días en el heroísmo y la solidaridad de la llamada sociedad civil ya totalmente despierta, consciente y demandante, que pone de relieve otra vez la incompetencia, cuando no la corrupción, de las autoridades locales y federales, de igual modo que las complicidades de éstas entre sí y con las constructoras y afianzadoras locales o internacionales, que declaran su falta de

responsabilidad civil o penal porque los daños causados fueron producto de una fuerza mayor y, en todo caso, supeditan las indemnizaciones debidas al cumplimiento de los protocolos de los seguros contratados que los gobiernos han de cumplir para hacerlas efectivas.

En prueba de agradecimiento, las autoridades federales, en ceremonias especiales, unas más solemnes y encendidas que otras, según corresponde a la escala jerárquica de la amistad internacional y de la adulación, reconocen la ayuda prestada por las cuadrillas de socorristas y rescatistas venidas de distintos países; ensalzan la labor de los jóvenes, hombres y mujeres, en tareas de ayuda en los derrumbes de edificios y centros de acopio y hasta convierten en héroes a perros adiestrados para rescatar a sobrevivientes en esos casos. Incidentes como la noticia falsa de una niña sepultada entre los escombros de un edificio, que envía mensajes por medio de un teléfono celular, que la televisión difunde con todo entusiasmo y esperanza, como si preparara un argumento de telenovela, no empañan la labor ininterrumpida de reporteros, comentaristas y analistas —medios, como se llaman a sí mismos— durante las 24 horas de muchos días.

Desde luego, ni por asomo se insinúa, tan solo, que tras el heroísmo de dos o tres perros miembros de las fuerzas armadas, se oculta la plaga canina que ha invadido las calles y las ha convertido en el patio trasero de su casa y mu-

cho menos la inmoralidad de quienes reclaman derechos y cuidados familiares para ellos y de quienes los convierten en consumidores de bienes y servicios de lujo, pero permanecen impávidos e indiferentes ante los miles de niños desamparados, sumidos en el hambre de todos los días, el abandono y el desprecio.

Sin embargo y a pesar de toda apariencia en contrario, los sismos y sus consecuencias sociales y políticas paradójicamente dejan en claro la solidez de las instituciones públicas, que funcionaron sólo a pesar de la ineptitud y las sospechosas maniobras de las autoridades que reclaman para sí los méritos que comparten con los dirigentes de las grandes empresas comerciales satisfechos de las enormes ganancias provenientes de la venta extraordinaria de agua, comida enlatada, palas, picos y martillos, jabones, desodorantes y hasta shampoo, solicitados para auxiliar a damnificados y socorristas voluntarios, que prestan su ayuda gratuita, sino que ponen de relieve su falta de conciencia nacional e ineficiencia; su empeño en aprovechar los males del país para su beneficio propio y en hacer de las complicidades entre ellas pruebas de su solidaridad y su lealtad, apegadas con fe ciega a la vieja máxima de que no hay mejor negocio que los pobres y sus esperanzas, origen también de las especulaciones ya en marcha por los terrenos de los edificios que, según dictámenes periciales, se habrá de demoler, conforme a las instrucciones

dadas por el jefe de gobierno capitalino negro, vestido con su atuendo rosa frenesí.

Quedan fuera de la crisis los desastres que cimbran al país por la intervención de México en el caso de Venezuela, la expulsión del embajador de Corea del Norte, para agrado del Imperio, la declaración del desconocimiento de la independencia de Cataluña, de la que los españoles todavía no saben, que además de ser violatorias de la fracción X del artículo 89 de la Constitución, arrastran por el mundo el otrora prestigio de la diplomacia mexicana, lo mismo que la vergonzosa actitud de los emisarios del gobierno, acompañados, asesorados y guiados por un sin número de empresarios temerosos de su futuro, que imploran se mantenga el Tratado de Libre Comercio con USA y Canadá, que sin pretenderlo reafirman los peligros y daños que un gobierno de apátridas y negociantes puede traer a la Nación.

Como la vida continúa, el mal gobierno no descansa y el optimismo de la unidad mantiene a México en pie, el jefe de la administración y empresarios connotados celebran entre aplausos y algarabía la proximidad del buen fin, del cual esperan obtener las mejores de las utilidades posibles.